

na. Le pregunté si sentía dejar á Florencia. Me respondió:

—¿Por qué no?

Le dije si volvía á su casa de buena gana.

Me contestó con un gesto que no comprendí.

—Si tuviera necesidad de algo—me dijo ya en los últimos momentos—escribame, que siempre tendré mucho gusto en servirle.

—¡Muchas gracias!—le repliqué.

De esta manera salió de casa, despues de dos años que había estado conmigo, sin dar la más mínima señal de pena ni de alegría.

Yo le miraba mientras bajaba las escaleras.

De repente se volvió.

—Vamos á ver—pensé para mí—al fin su corazón se ha despertado y vuelve á despedirse de otra manera.

—Señor teniente—dijo—la brocha de afeitar la puse en el cajon de la mesa grande.

Y desapareció.



A LOS VEINTE AÑOS



Al que no me vengan á contar de la vida alegre y divertida de los estudiantes y de los artistas; los verdaderos locos de atar, son los oficiales recientemente promovidos al cargo, en los primeros meses que viven con el regimiento. No es posible que un jóven se halle en situacion más favorable para la alegría y el desórden.

El salto desde el colegio á la vida libre, del machete ó bayoneta á la espada y del refectorio al restaurant; los primeros goces del mando, el uniforme nuevo, el asistente, los nuevos amigos, los superiores benévolos... en camino al ménos de experiencia, y aquella idea vaga de morir un día en medio de hermoso campo de trigo, herido en la frente por una bala que ni siquiera nos dé tiempo para gritar... son cosas que mantienen un estado de embriaguez continúa, como en enamorados esposos.

Dura poco esta especie de "luna de miel" del oficial; quizá ménos que la otra; pero no es por eso menos deliciosa.—¡Cuántos coroneles cubiertos de cruces y llenos de dinero darían la antigüedad que cabe en una página del escalafon por volver á vivir doce meses, por lo ménos, en aquel bendito carnaval!

¡Oh dias bendecidos,
oh, noches consumidas
en risas y algazaras!...

Sanos como manzanas, fuertes como toros, sin juicio como locos, atrevidos como aventureros, siempre arruinados y siempre hambrientos y siempre contentos, al vernos, parecía que todos llegaríamos á ser generales á los treinta años. Aquello era una risa. La más afectuosa sonrisa de capitanes y mayores era como una sonrisa de jente atrabiliaria y enfermiza, como unos de tísico al lado de nuestras explosiones de hilaridad que hacían retemblar toda la casa. Eramos siete, todos juntos en la misma brigada que se hallaba en una de las más hermosas ciudades de Sicilia, y todos recientemente salidos de la gran fábrica militar de Módena (1).

Tres habíamos venido juntos desde Turin en un viaje lleno de peripecias. Baste decir que habiendo salido de casa con el dinero justo, en la seguridad de ir derechos desde Génova á Sicilia, tuvimos que detenernos en Nápoles, porque no salían vapores á causa

(1) La Escuela general militar.

del cólera, con la prevision, por añadidura, de tener que hacer cuarentena en Palermo, así que pasamos diez dias interminables en la bella Partenope, viviendo de pu-ros y sim-ples ma-carrones, que íbamos á devorar á una tienda llamada *Villa de Turin*, en lo más profundo de un cuartucho secreto, reservado para los vergonzantes y apercebidos por la policía. Pero en seguida que llegamos á nuestro regimiento, comenzó la vida hermosa. Nos encontramos los siete recién llegados; al segundo dia tuvo uno de nosotros luminosísima idea: propuso que viviéramos todos juntos y que se hiciera mesa redonda.

Propuesto y aceptado: todo fué uno, se alquiló una leonera de siete cuartos y una cocina, se dispensó al ordenanza cocinero de la mecánica y ejercicios, se instaló cada uno en su agujero, se fijó un horario en el comedor, y ¡á vivir!

No es posible contar lo que aquella casa ofrecía de extraordinario. Parecía una fonda, un cuartel y un manicomio. Figuraos siete oficiales de veinte años, siete asistentes de veintidos: dos piamonteses, un lombardo, un toscano y tres napolitanos; catorce personas en siete habitaciones como una cáscara de castaña cada una, todos en movimiento desde la mañana hasta la noche, como almas perdidas.

Uno iba á "prestar la guardia" el otro volvía, tres tornaban de los ejercicios, dos salían para el servicio de víveres; uno se estaba roncando hasta las diez de la mañana, otro se levantaba á las tres de la madrugada,

y otro volvía al despuntar el alba despues de la ronda. Los ordenanzas venían por la comida para los oficiales ausentes, los zapadores, á llevar la orden del día, los vendedores de verduras ambulantes á ofrecer legumbres á la puerta, los fruteros á echar las naranjas por las ventanas, los guitarristas á cantar bajo la terraza, y así todo lo demás... si se pudiera seguir contando. Por un lado las ventanas apenas estaban á dos metros del suelo; así que cuando había gran prisa, se salía á la calle por la ventana.

La puerta de casa siempre estaba abierta; los perros entraban y se paseaban como dueños del cotarro. No había un minuto de tranquilidad. Los siete soldados se divertían en limpiar á golpes los siete capotes de los oficiales á la vez, y hacían tal ruido, que la gente se agrupaba en la calle, desde donde se oían todos los estruendos de la casa, hasta nuestras conversaciones en voz baja. Uno de los siete tomó un piano de alquiler, y otros dos tenían la manía de tirar á la esgrima con los bastones; la casa era tan excesivamente sonora, que cuando uno se sonaba las narices de noche, todos los cuartos retumbaban, y de cada cama salía una maldición. A pesar de todo esto, y del lastimoso estado de miseria de los muebles y de la tapicería, hecha girones, se pasaba divinamente.

También la mesa iba como Dios quería, á pesar de que á los dos meses llegamos á descubrir que el cocinero era hijo de un tendero. Uno de nosotros había asumido la alta dirección de los gastos y de la co-

cina. ¡Pobre director! El primer día, me acordaré siempre, fué para él día doloroso. Se llamaba Maglietti, era piamontés: guapo muchacho, sóbrio, buen asesor, mejor mayordomo, económico, sin ser avaro. Al asumir la dirección, había echado sus cuentas, diciéndonos:

—Dejadme, estaremos perfectamente y se gastará poco ó nada.—Pero había echado las cuentas regulándose por su *ventrículo*, no por el nuestro. La primera vez que nos sentamos á la mesa, despues de una marcha militar, se hizo tal consumo, que se quedó lleno de espanto. Cuando todo parecía concluido, uno de nosotros se levanta, vá á la cocina, recoge las hojas de los rábanos que habían quedado, hizo una ensalada, empezamos á comistragear, hasta dar fin á kilógramo y medio de pan que quedaba. El pobre Maglietti estaba desesperado, le entraban ganas de llorar; se fué á la cocina, cogió un manojito de fideos crudos y nos los arrojó sobre la mesa con desprecio, diciendo:

—¡Tomad, devorad, reventad! Renuncio á la dirección. ¡Creía tratar con oficiales y no con lobos!

No podíamos tenernos de risa, y hubo que bregar para dulcificarle y conseguir que continuara con el cargo.

Pasado este "incidente," todo marchaba á las mil maravillas. Las conversaciones que teníamos en la mesa, eran una diversion aun para los que pasaban por la calle. Con la desenvoltura y potencia vocal propia

de jóvenes de veinte años, se discutían todas las noches mil cuestiones, desde los más intrincados problemas de balística, á la inmortalidad del alma; desde el reglamento de disciplina, hasta la música del porvenir; sentencias contundentes, travesuras de abogados corridos, gritos, cañonazos, golpes de mortero, todo servía y hacía pensar que nos hallábamos en el wagon-proyectil de Julio Verne, cuando Miguel Ardan dejó abierto el depósito del oxígeno. Aquí, en lugar del oxígeno, el que trabajaba era el vino de Sicilia.

De vez en cuando, dos comensales se herían con sequedad y querían batirse,—mañana,—esta noche,—en seguida, allí, en un periquete, en la misma habitación, entre uno y otro plato,—¡vamos!—y se levantaban para cojer las espadas; pero, á fuerza de súplicas, consentían en concluir la cena, por lo menos, y al llegar á los postres, ya se habían reconciliado.

Hubo algun duelo fuera de casa, como para hacer la mano, y acostumbrarse á un pequeño sablazo; pero todo se arreglaba á la hora de comer, enmedio de la gritería acostumbrada. Poco á poco, todos fueron teniendo correa para sufrir las bromas con buen humor y no tomarlo en sério, excepto uno, llamado Cerraghi, gordo, lombardo, buena pasta, un poco rabioso; pero, por esto mismo, era muy divertido. Su fuerte era la historia, y principalmente la historia moderna europea; no leía otra cosa, así es que no podía hablar

más que de esto; recordaba los hechos, nombres y fechas maravillosamente, y se enfurecía cuando oía decir un despropósito, aunque todos los días hiciera intención de dejarlo correr sin abrir la boca. Nosotros nos divertíamos en provocarle sin que lo advirtiera.

—¿Has visto—preguntaba uno al otro... (como si dijéramos *al vis á vis*)—has visto en casa de tal litógrafo, un magnífico grabado que representa á Felipe II en la batalla de Pavía?

El pobre Cerraghi daba un empujon á la silla, pero se aguantaba.

—Amigos—continuaba otro—es preciso ir á verlo. Es un trabajo maravilloso. Tiene color local y el carácter de época. Se respira al mirarlo el ambiente del siglo décimo cuarto, como...

—Bravo, bravísimo... interrumpía otro;—¡la batalla de Pavía, en el siglo décimo cuarto! Dá gusto ver cómo has estudiado la historia. Tú la confundes con la batalla de Legnano.

Ya no pudo contenerse el pobre Cerraghi, que tenía las venas del cuello gruesas como si fueran cuerdas, y prorumpió á gritos:

—¡Asnos! ¡asnos! y ¡asnos!

Era de oír entonces la carcajada general que estallaba, hasta el punto de hacer retemblar los cristales de las ventanas.

Otro tipo curioso era Boccetti; guapo chico, elegante, algo vanidoso, pero de hermoso corazón, que se rompía los brazos de tanto estirar la camisa pa-

ra sacar los puños, especialmente estando á la mesa.

Nosotros, por burla, le invitábamos, disputando á ver quién era el que enseñaba más camisa, llegando á veces á suspender la comida para echar todos los brazos por alto, con las mangas recogidas hasta el codo, como campesinos; llegó hasta el extremo de que, para descansar de tanta fatiga, nos quitábamos los puños postizos al sentarnos á la mesa, y los poníamos al lado del plato para que todos pudieran admirarlos con comodidad. Boccetti tenía la manía de pasar por un gran *tenorio*, envolviendo sus conquistas en profundo misterio. Tenía buen gusto; miraba hácia arriba, á los blasones. Hacía un mes que habíamos llegado, y ya eran tres ó cuatro las condesas y otras tres ó cuatro las marquesas, de que no se podía hablar en la comida, sin que lo tomara á falta de delicadeza. Quizá él no las conocía más que de vista. Cada día venía con una nueva.

—¿Has visto ayer tarde en el teatro—preguntaba cualquiera al que tenía á su lado—á la condesa de tal?

—¡Soberbia! Hermosa mujer, con aquella carita sonrosada llena de la gracia de Dios. Daría la mitad de mi sangre por besarle la punta...

—Te suplico—interrumpía Boccetti poniéndose sério—que cambiemos de conversacion.

—Pero ¿tambien pones el veto sobre esta?

—Te lo pido por favor.

—Entonces... está bien, mudemos de conversacion si es tu gusto.

Pero, naturalmente, brotaban las sonrisas mudas que valían cien veces más que las sonoras.

El célebre Boccetti se restregaba la espalda contra la pared á la puerta de casa antes de salir á comer, para hacer creer que se había manchado de aquel modo por abrazar á una señora de alto bordo cuando subía por las escaleras de su palacio; sentía pasar un carruaje durante la comida, se levantaba y corría á la ventana, en donde no hacía otra cosa (le decíamos nosotros), más que escupir; luego volvía á la mesa con sonrisa altanera, y estirándose los bigotes.

El que se sentaba á su lado tenía otra pasion; la de hacer el gran señor. Había nacido para esto, lo tenía metido en los huesos y en la masa de la sangre. Pobre como las ratas, no pudiendo derrochar grandes sumas, hacía lo que podía; encendía un cigarro con cuatro cerillas, las de á veinte céntimos la caja, gruesas como círios, dejaba arder la vela toda la noche; daba dos reales de propina por un vaso de cerveza, y tiraba dos pesetas por la ventana, con expresion de príncipe aburrido, para hacer callar á un pobre violinista que le atacaba los nervios. ¡Oh, caro Cavagnetti! Lo ménos empleaba la mitad del sueldo en gastos de representacion.

Él mismo lo decía con entera ingenuidad.

—¡Qué diablo! es preciso mantener cierto decoro.

Y por mantener este cierto decoro, jugaba como un condenado á las cartas, al billar, al ajedrez, al do-

minó, á las damas, á la lotería, con el que podía y donde quiera que fuese, á todas horas y en todas las ocasiones, hasta que no le quedaba ni la sombra de un céntimo.

Entonces era la ocasion de encender el cigarro con una caja entera de cerillas. Volvía á casa diciendo con aire de seriedad que quería extrangularse con el cinturón, lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quería decir:

—Prestadme veinte pesetas.

Usaba un estribillo muy gracioso que nos hacía reír en grande; él mismo no sabía como lo había cogido. Estaba casado, por decirlo así, con una palabra que continuamente repetía sin advertirlo, y dándole cada día nuevo significado; era la palabra *cíclope*. Hablando del coronel decía:

—Esta mañana estaba de mal humor el cíclope.

Llamaba al asistente:

—¡Ohé! ¡Cíclope!

Aparecía en la mesa una cuarta botella:

—¡Oh! un cuarto cíclope.

• Y siempre lo decía con mucha seriedad.—Le preguntábamos porqué usaba aquella palabra.

—¿Yo qué sé?—respondía—me sale naturalmente. Me gusta, y cada uno tiene sus gustos.

Y continuaba chupando voluptuosamente su cigarro... el cíclope.

Generalmente, despues de la comida, tocaba el pianista y nosotros armábamos un poco de baile, imi-

tando cada uno la manera de bailar de nuestra, ¿cómo diré? un francés podría decir *inclinación*, (¡es curioso! sería todavía más galante la palabra opuesta). Pero el pianista era un perro de tal índole, que apenas comenzábamos, dejaba de tocar. No es posible que la pasión por la música residiera nunca en un cerebro tan falto de armonía como éste. Oyéndole tocar, parecía como si se pusiera á saltar con armas y bagajes sobre el teclado. A pesar de todo, le daba la manía por componer, se las echaba de docto en el contrapunto, buscaba un libreto, siempre con la idea fija de poner en música el *Orlando furioso*, para lo cual decía que necesitaba trabajar tres años por lo ménos.

Un día trajo á casa un maestro para que oyera una mazurka suya y diera su parecer. Por toda respuesta, el maestro pidió con débil voz una copa de coñac, lo cual fué ocasion para bromas tremendas. Sin amilanarse, impertérrito, seguía componiendo y machacándonos la cabeza en los ratos de ocio, cantando sus romanzas con voz de cerrojo enmohecido, que levantaba la piel. Por la noche no se atrevía, porque habiéndole instado un día para que tocara la *Casta diva*, por si regocijaba nuestros sueños, le cayó encima tal granizada de zapatos viejos y de botas en buen uso, que por la mañana parecía que habían alfombrado de cuero la habitacion.

El mejor de entre todos, y el de cabeza menos cargada, era uno de la romaña, llamado Mazzoni, jó-

ven de formas gigantescas, que el día que se sentaba á la mesa y decía:—Tengo hambre—con su voz tan profunda, que parecía salir de debajo tierra, el pobre director de la mesa se ponía pálido. Ni el hambre de un murguista despues de siete horas de serenata, ni la de un esquimal despues de prolongada carcería de focas, ni el furor de un leon tres dias, en ayunas puede compararse al furor con que dejaba limpia la mesa aquel "maldito sacramento," como dice Nerio Tanfucio. La manera de comer suya no era comer, era *vituellarse*, era una "requisitoria" de un escuadron de caballería en tiempo de guerra, una devastacion, un verdadero saqueo. Ocupado por completo en triturar, hablaba poco, pero fuera de la mesa, divertía á la compañía con todo género de ocurrencias inesperadas, para las cuales tenía una imaginacion diabólica. ¿*Divertía?*... Psché... A veces le echábamos más maldiciones que pelos tenía en la cabeza; al fin todo concluía riéndonos á carcajadas. Era capaz de estar preparando alguna de sus sorpresas siete dias seguidos.

Recuerdo que una noche, cerca ya de las doce, durmiendo todos como troncos, empezamos á sentir un frío espantoso, los seis nos encontramos á la vez sin ropa, sin las sábanas, y las colchas y cobertores debajo de la cama; cada uno volvía á arreglar su cama y seguía el sueño; pasaba una hora, vuelta á lo mismo, parecía cosa de brujas. Hasta que, perdida la paciencia, uno encendía una cerilla, otro la vela, saltábamos de la

cama, y todos á una voz prorumpíamos:—¡Es Mazzoni!—Y sin embargo, Mazzoni roncaba, no se había movido. ¿Qué será? A fuerza de dar vueltas por la habitacion, se enredó alguno en una cuerda estirada, que iba de parte á parte de la habitacion; en cada cuarto había una cuerda, y las seis iban á juntarse en la malvada mano de aquel traidor, que roncaba lindamente. ¡Entónces era ella! todos encima. Pero, sí: ¡meterse con un coloso de aquella especie! Con seis formidables almohadazos nos echaba fuera de su cuarto como á seis avispas, y tenía razon.

En otra ocasion, á un pobre diablo que volvía muerto de cansancio de una penosa marcha, se le despertaba á media noche con una hermosísima rueda de pólvora de varios colores, que le llenaba la habitacion de fuego. A lo mejor nos hacía levantar á todos con las sillas pegadas al cuerpo, ó en el momento de desenvainar la espada en la plaza de Armas, nos encontrábamos con que estaba pegada á la vaina con un sutilísimo cordon de seda; en aquel momento habríamos colgado de buena gana á nuestro querido amigo de un farol en la calle más inmediata.

Las bromas más graciosas ocurrían siempre en la mesa, donde cada dia se inventaba alguna nueva. Una temporada nos dió por desabrocharnos la levita, para cojer aire siempre que alguno soltaba una bola; era un abrocharse y desabrocharse continuo. Para ciertas bolas de Boccetti nos poníamos de pronto en mangas de camisa los seis á la vez, suspendíamos la co-

mida y los seis nos lanzábamos á abrir de par en par las siete ventanas de la casa. Soltó cierta noche una tan colosal, contando antiguas aventuras suyas con una señorita florentina, la cual de marquesita de veinticinco años con que apareció al principio del cuento, se trasformó al fin en princesa de diez y ocho, que nos echamos todos por las ventanas á la calle, y le obligamos á parlamentar buen rato desde la terraza, ántes de volver á comer.

Otros dias nos poníamos á comer sentados á la oriental, sin hacer platos distintos, hablando turco, esto es, poniendo una *a* en todas las sílabas,—*pananda ana a an todas las sílabas*,—y multando al que se equivocase; multa que en sólo una noche ascendió á trescientas pesetas—(nominales).—Otra noche nos conveníamos seis para no dejar hablar al sétimo, echándonos encima los seis en coro, con apóstrofes y reprobaciones que le dejaban sordo. Nos imponíamos también la obligación de hablar en verso, cantando como en un melodrama, previa citación del maestro y del título de la obra. Vino luego la manía del "hurto alimenticio" que fué una verdadera calamidad. Hicimos un pacto que lo regulaba todo y no había más remedio que aguantarse. Uno metía el tenedor, daba un golpe maestro llevándose tras él la comida del amigo: era suya; y el amigo si no quería ayunar, tenía que mandar al asistente á comprar algún embutido. ¡Oh! no había remisión. El chasqueado podía reír, ponerse amarillo, verde, negro ó azul

turquí; pero tenía que resignarse á reír con todos. Los hurtos hechos con genio provocaban inmediata venganza, las venganzas traían consigo otras venganzas, y poco á poco lo que empezó siendo juego llegó á ser un arrebato. Era preciso defender la comida como si fuésemos individuos de la raza canina. No había otro modo para poder comer. Las chuletas, las patas de pollo, los huevos, los vasos de vino desaparecían como por encanto. Habían adquirido algunos tal destreza, que espantaba.

Se inventaban instrumentos. El pícaro de Mazzoni dejaba seca una taza de café, metiendo dentro, con la rapidez del rayo, una enorme miga de pan redondeada que hacía el papel de bomba aspirante; y se llevaba de un golpe medio kilo de macarrones mediante un mecanismo infernal, hecho con un mazo de palillos dispuestos en forma de embudo; ó con una barilla de hierro de la cama y un tenedor atado á la punta, atravesaba las tortillas de parte á parte, desde cualquier extremo de la mesa, que era de dos metros y medio de larga. Luego vinieron los robos en cuadrilla, los hurtos con cuerda, con cortafrío, con red, los raptos con sorpresa. Era un desaliento, una desesperación, una verdadera ruina. Mazzoni decía siempre:

—¡El hurto magistral, el hurto *mónstruo* le teneis que ver todavía!

Todos se echaban á temblar.

Después de tantos anuncios, cierta noche, mientras

nos disputábamos á golpe de tenedor una patata, Mazzoni puso bandera blanca, diciendo que se le había caído el cuchillo, y se inclinó para recogerlo...

—¡Por cien mil de á caballo!

Aún no habíamos concluido la exclamacion, cuando levantando la mesa sobre sus espaldas se la había llevado á otra habitacion, aquel ladron gigantesco, sin que se hubiera caído ni una sola gota de vino.

Llegó su turno á la pasion por las excursiones nocturnas. Salíamos con los trajes viejos de paisano que habíamos traído de casa, teñidos, desteñidos, vueltos á teñir y desfilachados por todas partes, y con sombreros-espuertas, íbamos á cantar coplas *ad hoc*, al pié de las ventanas de los amigos que dormían, ellos solían obsequiarnos con el cubo de agua súa ó con el cesto de la basura; otras veces nos metíamos en ciertos agujeros misteriosos de los arrabales á beber un ponche entre marineros franceses é ingleses, pasando por obreros ebanistas ó barnizadores, que íbamos á Oriente. Qué panzadas de reír, santo Dios, con el loco de Boccetti, que á las dos de la madrugada, al volver á casa por calles desiertas y oscuras como caticumbas, veía detrás de todas las persianas—solo él,—un resplandor de alguna luz, que quería decir:—¡Boccetti, ha vuelto mi marido; no subas!—ó bien: ¡Mañana á esta hora!—Y qué r'isa con Cavagnetti que hacía el gran señor aún en las tinieblas, echando puñados de cobre á los perros; y con el pianista que se empeñaba en ir cantando sus inhumanas romanzas

con peligro de que algun vecino le descerrajara un tiro desde una ventana....

Las excursiones nocturnas se hacían generalmente después de las grandes comidas, porque á despecho de los "presupuestos preventivos" de Maglietti, dábamos comidas. Los convidados eran media docena cada vez. No se podía escribir en los billetes de convite como aquel: *Vida de Bohemia: hay cubiertos*; pero nos ingeniábamos lo mismo. Se ponía una verdadera iluminacion de cerillas sobre los cajones, dentro de los tarros de flores, y de unos cestos con hojas de lechuga, y armábamos en las paredes trofeos con las escobas y los cepillos. Los últimos que llegaban se acomodaban sobre las camas á la romana, bebíamos el vino en las tazas del café sin asa, y se limpiaban los labios con periódicos. Alguno que otro arreglaba su mesa aparte, sobre una caja militar puesta en pié; otros, sin cumplimientos, se iban derechos á la cocina á raspar las cacerolas. Todos hablábamos á la vez; casi siempre un peloton de músicos ambulantes se detenía en la calle á amenizar el banquete, cantando al son de la música *mamina, sto passiarello* (madre, soy pajarillo); los soldados andaban á mojicones en la cocina por cuestion de precedencia en la rapiña; era una bacanal tan ruidosa que no se hubiera oído un disparo de fusil. El exagerado de Cavagnetti cogía al vuelo los momentos de silencio más profundo para hacer creer á la gente reunida en la calle que celebrábamos una cena á lo Lúculo.—Cuidado ¡eh!—

gritaba con ese Johannisberg, — ó bien: Boccetti jeech, Boccetti! ¡Haz pasar aquel faisán con trufas!

Las conversaciones poco á poco se iban trasformando en coros del *Hernani*. De pronto se deshacía la compañía y cada uno se iba á su habitacion á meter un ruido infernal; uno aparecía disfrazado, otro bailando, otro haciendo ejercicios gimnásticos. Los vecinos golpeaban con los bastones, porque parecía que sacudiese toda la casa un terremoto; el polvo y el humo lo ocultaban todo; no se veía gota... ¡entreveíamos por los aires vertiginosamente bailando el wals, Rosalías, Conchas, Juanitas, jóvenes como nosotros, más locas que nosotros, esbeltas y morenas como beduinas... que luego se deshacían como el humo.

Para tener á raya los siete asistentes, teníamos que bregar lo imposible; cuando estábamos fuera las arrebaban gordas y de todos colores. Estos malvados (á quienes cogimos *in fraganti* una vez), se ponían nuestras chaquetas, encendían nuestras pipas, se sentaban á leer á la ventana nuestras novelas y hacían el *agnus dei* con las mismas vecinas, á las cuales poníamos nosotros ojos tiernos de carnero á medio morir. Tomaban ademanes de enamorados á lo Metastasio ¡los desgraciados! Y teníamos que andar listos con el jaleo continuo que en casa había de lavanderas, planchadoras y vendedoras, porque desde los primeros días habíamos oído por las rendijas de las puertas fragmentos de declaraciones de amor, lombardas, piamontesas y napolitanas;—dicho todo con entonación tan

ardiente, que requería la intervencion pronta y vigorosa de los superiores.

Y no era esto lo peor. Una noche, al ir el director de "todas las mesas" á la cocina para esconder una botella de Marsala que habíamos comprado hacía tres días para las grandes ocasiones, se encuentra al cogerla con que su peso había disminuido mucho. También nuestros buenos amigos bebían, ¡pero, cómo! mientras nosotros nos cansábamos de pelear en la mesa, ellos se trataban á lo señor, bebiendo Marsala. El pobre Maglietti perdió los estribos en aquella ocasión: les quería pasar de una estocada á los siete, como si fueran ranas. Era preciso cogerles *in fraganti*, sin embargo.

A la noche siguiente, estando comiendo, llegó un momento que en la cocina reinaba silencio sepulcral, sospechoso; nos levantamos, acercándonos de puntillas hasta poder mirar por la rendija ¡Oh, ah!.. Cuatro de aquellos facinerosos, apoyados sobre la cuba del vino, con cuatro pajas largas metidas en la boca, chupaban; los cuatro con los ojos entornados como cuatro sonámbulos, con la sonrisa, al par que la paja, en los labios, y absortos en su dulce trabajo, tan tranquilos y con expresión tan beatífica, que no se apercibieron de nuestra presencia y siguieron mamá que te mamarás.

¡Ah, perros!—gritó el director de todas las mesas.

Los cuatro dieron un respingo como si fueran cua-

tro resortes de acero y se quedaron sin respiración. Todavía el impertinente del cocinero tuvo valor para escusarse.

—El señor teniente—murmuró,—tiene razon que le sobra... ¡Demasiado bueno!.. Pero... en fin... ¡qué es lo que se puede beber con una paja!—Diciendo esto se metió de un salto detrás del armario, para librarse del soberbio pescozon que sabía bien que le venía encima.

Estas pequeñas calamidades domésticas eran, por otra parte, las que daban variedad y sabor á nuestra hermosa vida de familia. Alguna que otra vez reñíamos pero en el fondo nos queríamos de veras.

Siempre salíamos juntos, tanto que en la brigada habían concluido por llamarnos la patrulla de los siete, nuestra calle se conocía con el nombre de calle de los siete—y se solía decir:—Voy á comer con los siete.—He visto á los siete,—ni más ni ménos que como debió decirse una vez en Venecia:—He visto los diez.

Eramos como hermanos. Cuando alguno faltaba á la mesa, faltaba el buen humor; al que estaba de guardia se le mandaban los pedazos escogidos; al que volvía de la guardia se le hacía una "ovación;" cuando uno recibía cincuenta pesetas de su casa, era llevado en trúnfo en una silla; el que necesitaba de otro siempre le hallaba dispuesto: cigarros, relójes, cerillas, golas, dragonas, todo era comun; y hácia fin del mes, cuando el unguento de la casa de la moneda iba espirando, el que tenía daba al que no tenía, y si

nadie tenía, comíamos todos una ensalada y agua fresca y se fumaban las colillas olvidadas en los cajones, alegres como siempre; al contrario, más alegres que nunca. Y era tanta nuestra alegría, porque teníamos fresco el entusiasmo por la vida militar, porque la música del regimiento conmovía las fibras de nuestro corazon, porque sentíamos amor á los soldados; pero, sobre todo,—y en ésto estriba el verdadero, principal y eterno por qué,—porque la juventud hervia en nuestras venas y nos golpeaba en el cerebro, como dijo el venerable Gino, y la vida... (hagamos gracia al lector de la acostumbrada tirada sobre la vida.)

Todo tiene su fin; debía tenerlo tambien la mesa de los siete. El primer percance fué la enfermedad del cocinero, que tuvimos que sustituir por otro.

Tomamos un genovés; testa muy capaz de enderezar sobre nuestras espaldas, llegado el caso, las bayonetas torcidas, sin frente y seguro de sí mismo como si fuera un *baratero*; se vanagloriaba de haber sido cocinero segundo de una fonda de lujo. Cuando le preguntamos qué sabía hacer, respondió modestamente:—*de todo*.—Magnífico,—dijimos todos;—comeremos platos finos.—En seguida le pedimos prueba... Era un infame, un Borgia, un monstruo sin entrañas. Si al ménos hubiera reconocido su ignorancia y hecho una cocina casera! No, quería á toda costa hacer un pastucho de todos los platos aristocráticos que hacian en su fonda *de lujo* de la cual no le queda-

ba sino remota y confusa reminiscencia, sirviéndonos cosas tales, que bien merecía que le hubiéramos fusilado por la espalda.

Fuimos tirando así larga temporada, con santa resignación; pero inútilmente, no podíamos vivir. Un día nos sirvió un informe bódrio condimentado con salsas atroces de su invención. El aspecto prometía mucho, nos sentamos á la mesa haciéndonos la boca agua... ¡Voto á Sanes! No se podía estar en la mesa, el tufo nos tiró de espaldas! Aquel día concluimos de una vez; no podíamos conseguir otro cocinero, porque el coronel dejaba de muy mala gana á los soldados sin ejercicio; era preciso resignarse ó deshacer la mesa; un verdadero dolor para todos...

Afortunadamente, inesperado suceso vino á consolarnos. Aquella misma noche, mientras el bueno de Maglietti, rodeado de todos nosotros, cerraba el registro de la mesa, notificando á cada uno las últimas déudas, con voz melancólica, llegaba el telegrama para que la brigada saliera inmediatamente hácia la Italia septentrional. Era el primer soplo de la brisa mensajera de la guerra. Todos lo oyeron silenciosamente, acogiendo la noticia con gritos de alegría.

Y nosotros—los siete—después de haber corrido juntos como si fuéramos un solo subteniente á la oficina del telégrafo, á pedir siete letras fulminantes á nuestras siete familias, dimos la noche siguiente en nuestra ya famosa madriguera, el último festín sardapalesco, en el cual se bebió en honor de la hermosa

Sicilia el poco Marsala que había escapado al furor de las siete malditas pajas de nuestros siete borrachos asistentes.

Dos días después, en una hermosa mañana de Abril, se embarcó la brigada en inmenso barco de transporte de la marina de guerra. El embarque de una brigada, es un espectáculo lleno de poesía. Todas las barcazas llenas de soldados y erizadas de bayonetas relucientes, que se agolpan alrededor del negro coloso que arroja humo, hacía pensar en las flotas antiguas que se apostaban alrededor de una fortaleza solitaria, incendiada por los defensores. Cuando todos nos hallamos embarcados, volvimos nuestra vista hácia la hermosa orilla, desde donde millares de pañuelos nos saludaban. El soldado piemontés pensaba:—Volveré á ver mis Alpes;—decía el napolitano:—Saludaré al pasar mi Vesubio;—el genovés se alegraba pensando que iríamos á desembarcar á su *Soberbia*, y el lombardo decía allá en su corazón:—Pasaremos por mi pueblo para ir á la guerra.—Solamente los soldados sicilianos, que jamás habían salido de la isla, miraban con aire pensativo sus bellas montañas, que quizá no volverían á ver.

Cierta inquietud se notaba en todos. Ibamos á la guerra, á un misterio. ¿Qué nos tenía preparado el porvenir? ¿La gloria? ¿Una humillación? ¿Un grado? ¿La amputación de un brazo? ¿Una medalla? ¿O alguna que otra bala en la frente, en medio de un hermoso campo de trigo? También en aquel momento

nos encontrábamos juntos los siete, y todos mirá-
mos á Sicilia con leve sentimiento de tristeza. Boc-
cetti se pasaba el pañuelo por los ojos fingiendo que
lloraba la ausencia de la condesa número noventa y
nueve; el pianista enviaba un adiós al afortunado cie-
lo que había oído durante cinco meses sus divinas ar-
monías; Maglietti saludaba con dolor aquellas mura-
llas, dentro de las cuales había hecho tantos nobles
esfuerzos por realizar "sérias economías;" y áun el
bueno de Mazzoni contemplaba, con cierta dulce
melancolía, la ciudad donde tanto había devorado,
tanto bebido y hecho alegrar tanto el alma de los
amigos.

Solo Cavagnetti, que dos días antes había perdido
sesenta y cinco pesetas al juego, estaba aparte, apoya-
do en la borda, más bien enojado que triste.

—¿Qué tienes, Cavagnetti?—le pregunté acercán-
dome.—¿Piensas con tristeza en tu Sicilia?

—¡¡Qué!—me respondió, continuando con los
ojos fijos en la ciudad:—pienso con tristeza en los
sesenta y cinco *cíclopes* que allí he perdido...

Luego volvió en sí, encendió su cigarro con una
antorcha de ocho cerillas, tomó su aire acostumbrado
de millonario, y se puso á pasear dando zancadas so-
bre el barco que hendía majestuosamente las olas,
cargado de armas y de esperanzas.



UN ENCUENTRO



ARO ***

Voy á explicarte la causa del *sin-
gular aspecto* en que me viste días ha-
ce, cuando nos encontramos en la es-
tacion de A*.

No contaré una aventura, y si lo es, es de diversa
especie que las acostumbradas; más bien consiste en
un sentimiento que en un hecho.

¿Recuerdas en la *Soirée perdue* de Musset, aquella
graciosa figura que vista en el teatro, se pierde luego
á la salida? Lo que voy á contarte es algo semejante.

En la mañana de aquel mismo día, saliendo de
T***, entré por casualidad en un coche donde no
había más que una señora sentada al lado opuesto de
la entrada y mirando hácia allá. Al oirme entrar, se
volvió, miró y volvió á su primera posición. Era una